

ASSOCIAZIONE DI NUOVE EPOCHE

PROGRAMA UNIVERSITARIO DE
ESTUDIOS DE GÉNERO
"Estética Humana Castellana"

LOS UNIVERSARIOS

EL SUJETO DEL EXILIO POR JULIO ORTEGA | RENDICIÓN DEL PASADO POR JOSÉ PASCUAL BUXÓ | ESE ESPACIO. ESE JARDÍN. POEMA DE CORAL BRACHO | LAURA VIT SOBRE MARGUERITE YOURCENAR | FUERZAS TELÚRICAS. ESPACIOS ETÉREOS. ENTREVISTA AL PINTOR ABELARDO LÓPEZ POR GERMAINE GÓMEZ HARO | REPORTAJE FOTOGRAFICO: UN MEXICANO EN CHICAGO DE JOSÉ HERIBERTO RODRÍGUEZ

Pasamos la noche en Portsmouth, de donde yo guardaba dulces recuerdos. A mis acompañantes les había contado de sus cafés en la plaza, de la playa siempre airosa, de la funeraria en la calle principal. A la hora que llegamos todo estaba cerrado. Caminando buscamos un lugar donde cenar. Casi nos convencíamos de que sería mejor irnos a dormir, cuando una canción que sonaba a lo lejos nos guió hasta el mejor plato de sopa de mariscos que hubiéramos probado.



Marguerite Yourcenar

A la mañana siguiente reemprendimos el camino cansados, un poco hartos de volver a confinarnos en aquel espacio que el día anterior, llenos de entusiasmo, comparamos con una nave espacial. Sintiendo responsable por el buen ánimo de los demás, les fui contando lo que sabía de la isla. Alrededor del siglo XVII Samuel Champlain, navegante francés, le dio tal nombre por las montañas de cumbres desnudas que divisó desde su barco. Primero fue propiedad de los franceses, luego de los ingleses y hasta mil setecientos y tantos norteamericana... Los datos históricos hacían más espeso el silencio. El único promontorio de la isla, porque no se le puede llamar montaña, insistí en agobiarlos con información, es el primer punto del territorio de los Estados Unidos al que tocan los rayos del sol al amanecer, por eso los indios abenakis y passamaquoddy que vivían allí, se llamaban a sí mismos "el pueblo de la aurora". Opre por quedarme callada varios kilómetros, luego me puse a cantar y eso sí los animó.

Sin saber que aquella era señal de que estábamos por llegar, a los lados del camino aparecieron las tiendas de veletas características de Maine.

Dos días antes, desde Nueva York, habíamos concertado la cita, condición inapelable para visitar Petite Plaisance. Teníamos que estar allí a las tres de la tarde.

Después de cruzar el puente que lleva a la isla el mundo cambió. Las planicies se transformaron en un paisaje que creía perdido para siempre. Riscos coronados por abetos casi negros de tan verdes, acantilados hacia los que se deslizaba una marea suave, mansa. Más adelante estanques, prados; a lo lejos faros blanquísimos. Sobre nosotros un cielo transparente.

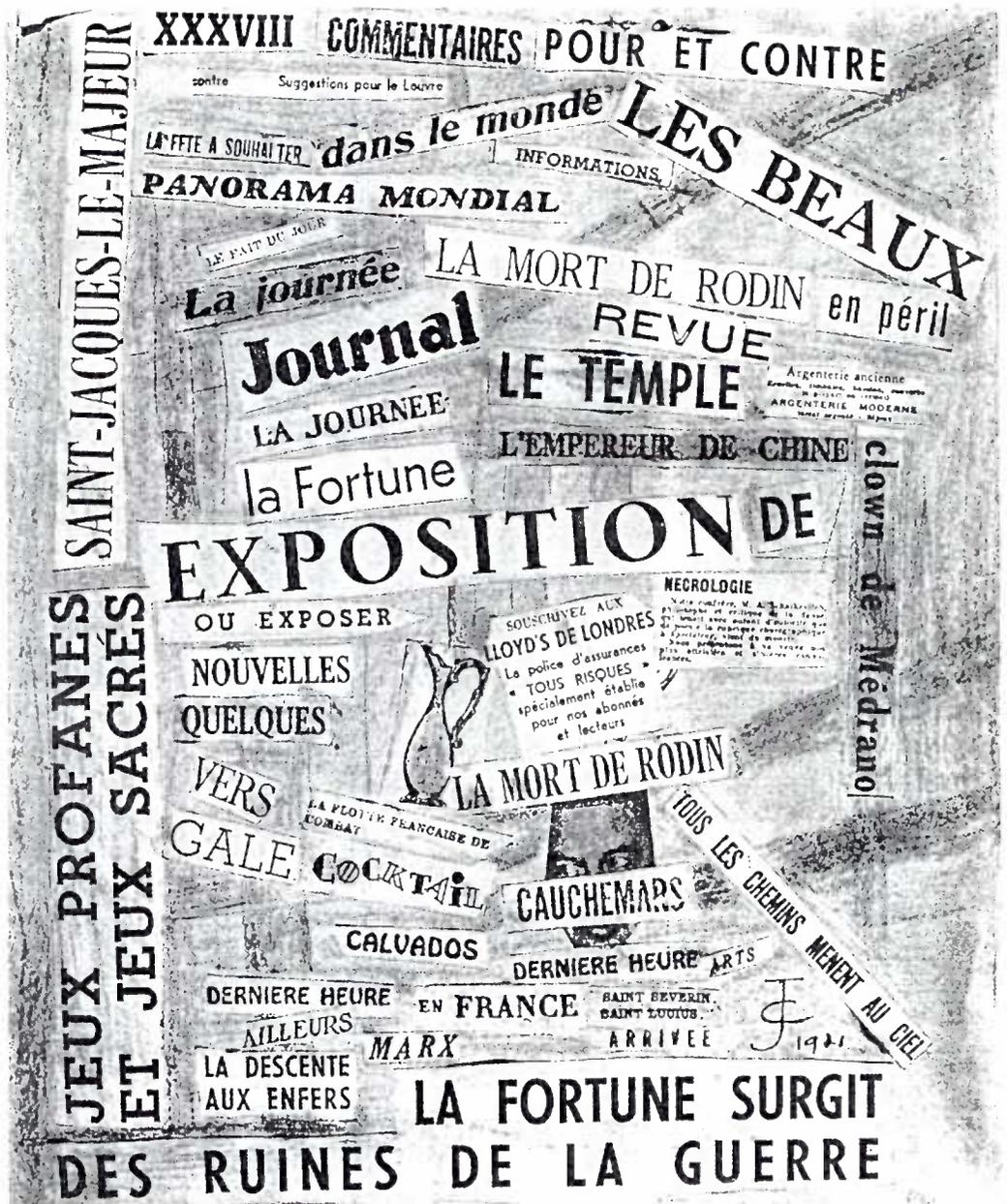
En aquellas idílicas soledades el hombre estaba ausente. Nunca encontramos a quién pedirle indicaciones de cómo llegar.

Pasamos varias veces frente a la casita blanca, humilde al lado de la vecina mansión de los Rockefeller, sin saber que ésa era la que buscábamos. Cuando al fin la identificamos era media tarde. Jalamos de la campanilla sin resultado.

Me senté en los escalones de madera pintada de blanco a tratar de identi-

ficar mis sentimientos, a ver el porche, las peonías que colgaban en sus macetas, el césped absolutamente verde. Mis amigos se alejaron por una vereda hacia el embarcadero. Les agradecí dejarme sola y hacer menos evidente que los había llevado, luego de miles de kilómetros, hasta una puerta cerrada. Saqué uno de los libros escritos por Marguerite Yourcenar que llevaba en mi bolsa y lo abrí al azar: "Ocurrió en pleno verano. Con mucha frecuencia, como por otra parte Jean-Jacques Rousseau ya lo había notado, se sitúan los acontecimientos o los personajes en la estación contraria a aquella en la que uno está. Terminé *Memorias de Adriano*, en las que el héroe muere en el calor de un verano italiano, durante un invierno muy frío, y *Opus nigrum* en pleno verano, mientras Zenón se mata un 17 de febrero. Recuerdo el último momento de ese trabajo. Estaba en una hamaca, en el jardín (...) y recuerdo que hice, casi sin saberlo, lo que parece ser un conjuro mágico, si debemos creer a Colette, que observó cosas análogas en los suburbios de París: apenas terminado el libro, extendida en la hamaca, repetí el nombre de Zenón quizá trescientas veces, o más, para acercar a mí esa personalidad, para que estuviera presente en ese momento, que en cierto modo era el de su fin."

Entonces yo escribía una novela sobre Giordano Bruno y me sedujo la idea de acercarme al personaje de esa manera. Me aprestaba a repetir el conjuro de Colette y de Marguerite Yourcenar cuando escuché pasos. Por la calle se acercaba la persona encargada de Petite Plaisance durante el verano. Pensando que no llegábamos se había ido a almorzar. ¡Desde luego que podíamos ver la casa! Y viniendo de tan lejos a Madame no le gustaría que los dejara afuera, me aseguró.

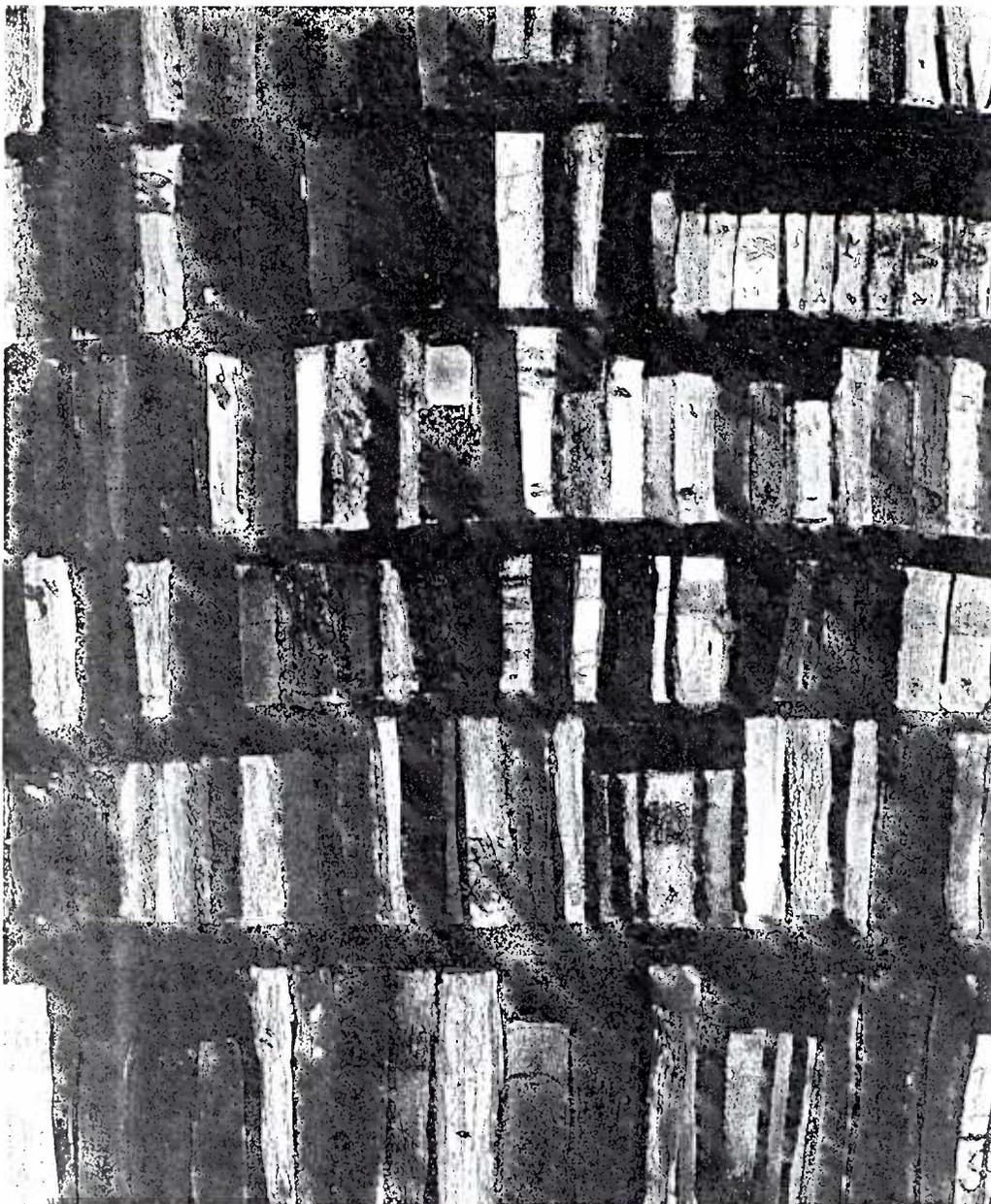


Inscip. Unesco, Campalans, No. 2411, 1911

Mis amigos, que ya habían vuelto, entraron primero. Por un momento temí no poder traspasar el umbral de la puerta de la casa en la que había vivido la mujer cuya escritura me ha acompañado desde la adolescencia. El olor de los libros me decidió a pasar.

Las ventanas de par en par, los jarrones con flores, los chales reposando sobre el respaldo de los sillones, daban la sensación de estar en espera de su dueña que estaba por llegar. En aquella casa no había ausencias. La presencia de Madame estaba en cada objeto. En lo primero que reparé fue en el jarrón azul sobre la chimenea. ¡Ése debía ser! Dos

días atrás había leído su historia en *Con los ojos abiertos*: "Esto ocurrió en otoño, en el otoño de 1929, agitado, para mí y para todo el mundo; era un hermoso día frío, en París. Salí con la magnífica suma de ciento cincuenta francos que me habían dado a cuenta — en esa época todavía significaban algo — y además, era un primer libro, habían sido muy generosos al darme un adelanto. Caminé por la calle Froidevaux, si no me equivooco, hasta la plaza Vendôme, gozando de París diciéndome: 'No es más que un librito, no se sabe qué pasará con él, sin embargo, aquí estoy ahora entre los escritores franceses, hay una multitud conmigo.' Es-



Josip Ivancic Campalins, *Caldera de Inca*, 1912.

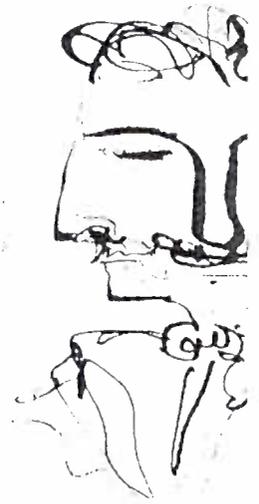
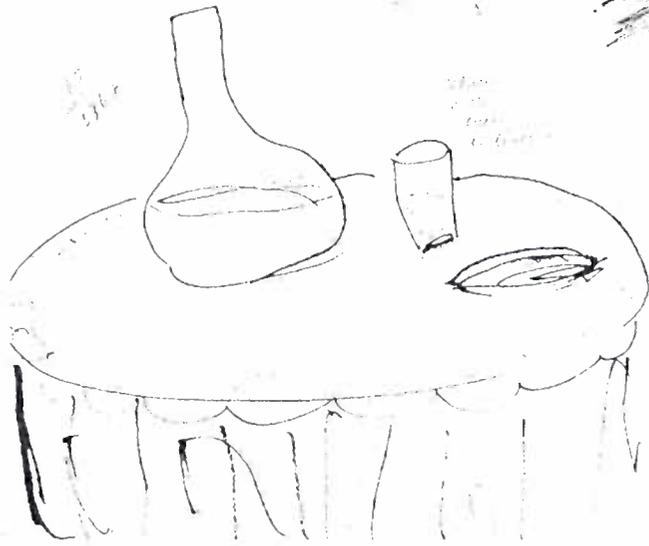
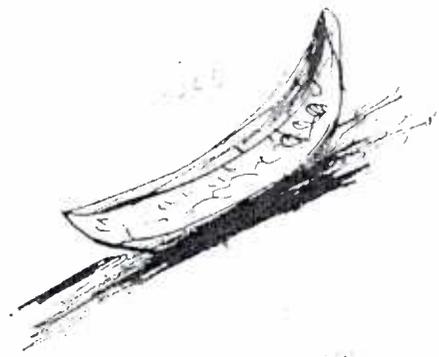
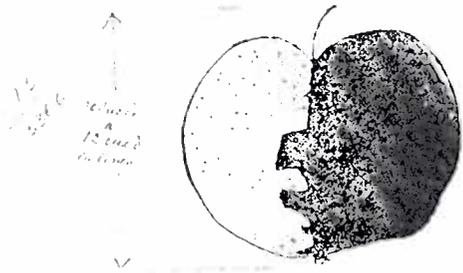
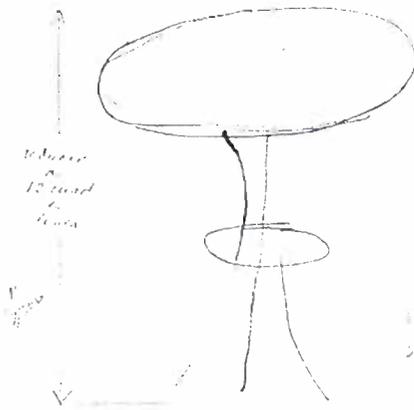
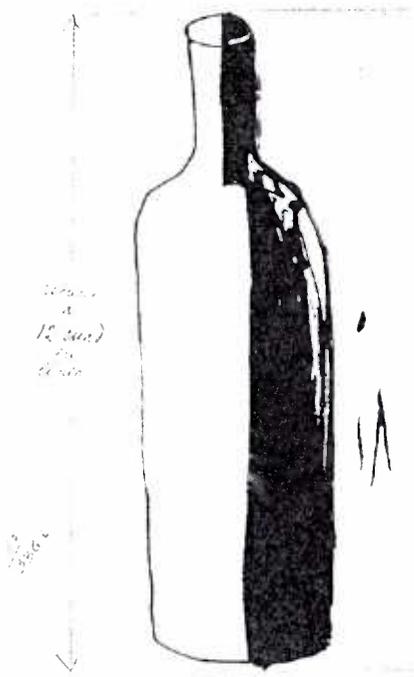
taba contenta. Entré en el negocio de Lalique —todavía existía— y compré, justo por ciento cincuenta francos, un jarrón azul. Tenía un azul lechoso, como el color de ese día de invierno... Aún lo conservo.”

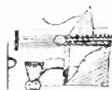
La familiaridad con la que vi cada objeto, por conocer su historia, me acompañó a lo largo del recorrido por la casa. Veía y volvía a ver para después recordarlo todo. Algunos de los títulos en sus libreros también estaban en los míos. Libros y más libros. Libros invadiendo las jambas de las puertas, escurriéndose de los estantes, escondiéndose bajo las mesas.

Grabados antiguos, conchas, piedras traídas de lugares remotos, fotografías, piezas arqueológicas entre las que destacaba una cabeza de la que emerge una deidad femenina: ¿una Atenea asiria?

Y ésta es la habitación en la que Madame escribe; la joven guía que años atrás llegó para hacer su tesis doctoral sobre Marguerite Yourcenar, y que ya nunca se fue, hablaba de la escritora en presente. De ese lado de la mesa se sienta Grace, y de éste, ella.

La cercanía entre las dos máquinas de escribir testimoniaba la amistad entre las dos mujeres. Sabía que fue Grace Frick quien la eligió un día de febrero de 1937 mientras Marguerite tomaba el té





José Torres Campalans, 10 (minuta 54)

con un editor. Los escuchó hablar y después de un rato, seducida por la singular joven, intervino en la conversación y se ofreció a acompañarlos al viaje a América que planeaban. Se separaron al morir Grace en 1979.

Ésos son los álbumes que Madame armaba antes de escribir una obra, señaló nuestra guía, el apoyo visual le era indispensable para crear un personaje y el paisaje donde se movería. Si quieren pueden verlos, están marcados con el título de sus libros. Sin dudarlo tomé el de *Opus nigrum*. Dentro hallé mapas, documentos del Renacimiento, apuntes, bocetos hechos con pastel blanco sobre cartulina negra. Inesperadamente, me eché a llorar. Jean, si no me equivoqué al recordar su nombre, me miró con simpatía. No te preocupes, aseguró, mucha gente llora en esta habitación. Me gusta cuando lo hacen, es una demostración de que en verdad conocen la obra de Madame.

A partir de ese momento el recuerdo de la visita a Petite Plaisance se me vuelve confuso. No pude volver a concentrarme ni en explicaciones ni en objetos. Dentro de mí mente giraban frases, momentos, descripciones. Sólo oía las palabras de la escritora "... el color es la expresión de una virtud oculta...", "...algunos pájaros son llamas...",

"... lo lleno y lo vacío, la estructura del universo, el misterio de Dios...", "Detente ¡Eres tan hermoso!".

Salimos al jardín y quizá fue la luz de la tarde lo que me devolvió a aquel momento irrepetible. Estábamos parados frente al estanque después de haber visto las tumbas de los queridos perros de Marguerite Yourcenar: Monsieur, Valentine y Zoe. "No me consolaré jamás de esa pequeña e inmensa muerte", escribió entonces. Madame decía, nos confió Jean, que nunca podría alejarse de este jardín, ni siquiera después de su muerte. Desde entonces vive una rana en el estanque. Sale del agua solamente cuando los visitantes le agradan. Todos vimos cómo aparecían pequeñas burbujas de aire en la superficie del agua; detrás emergió la cabezita de una rana parda que nos miró fijamente con ojos sabios.

La visita terminó. Agradecemos, Jean correspondió deseando que regresáramos pronto a visitar a Madame. Pregunté si podía quedarme unos minutos más en el jardín, a lo que ella accedió. Desde la banca cercana a las casas de los pájaros vi alejarse a mis amigos. No podía irme sin repetir el conjuro mágico. Una brisa ligera recorrió las copas de los árboles cuando inicié la letanía: Giordano Bruno, Giordano Bruno, Giordano Bruno... ①